

# La acción de la obediencia

(Mateo 7.21–23; Marcos 3.31–35)

Leon Barnes

Aunque se tenga toda la fe del mundo, ella es totalmente inútil para salvar almas mientras no nos mueva a la acción. Conocer la voluntad de Dios es importante, pero solamente lo es cuando la *cumplimos*. Ni siquiera las buenas obras, hechas en el nombre del Señor, pueden reemplazar lo que él pide que hagamos. En el Sermón del Monte, esto fue lo que Jesús dijo:

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad (Mateo 7.21–23).

La palabra “Señor” en sí, sugiere la idea de obediencia, pues se trata de una palabra que significa “Amo”. Si Jesús es nuestro Señor y Amo, lo natural es que le obedezcamos. Por eso fue que Jesús dijo: “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis los que digo?” (Lucas 6.46). Por alguna razón, siempre ha parecido difícil, el que algunas personas, comprendan la necesidad de ser obedientes al Señor. Sacamos toda clase de excusas con tal de evadir la simple obediencia.

## SUSTITUTOS DE LA OBEDIENCIA

Piense en todos los sustitutos que la gente inventa para sustituir la obediencia. En primer lugar, hay quienes tratan de usar palabras en lugar de la obediencia. Los que así harían, según Mateo 7.22, habrían profetizado en el nombre del Señor. Es obvio que esto no se refiere a que hubieran recibido el mensaje de Dios, en forma directa y milagrosa, de parte del Padre, puesto que el Señor les dirá: “Nunca os conocí”. Más bien, habrían hablado en el nombre del Señor. Habrían hablado las palabras adecuadas acerca de él y para él. Bien pudieron haber tratado de hacer volver los corazones de la gente hacia el Señor, pero como no se habían sometido a éste en obediencia, sus palabras se estrellaron en oídos sordos. Una persona no le puede hablar a otros acerca de la forma como pueden llegar a ser cristianos y a vivir la vida cristiana, si ella misma jamás lo ha hecho. En Romanos 2.21–24, Pablo describió los resultados de tal acción. A menudo decimos: “Es fácil hablar”. Uno puede

fácilmente hablar como se debe sin vivir la vida que corresponda a sus palabras. Hablar acerca del Señor no es suficiente: Debemos obedecerle.

En segundo lugar, las almas perdidas de los que hablan en Mateo 7 habrían tratado de sustituir el obedecer a Dios con la lucha contra el pecado y contra Satanás. Esto es lo que dijeron: “Señor, Señor, ¿no... echamos fuera demonios...?”. Por supuesto que es importante pelear contra Satanás y sus seguidores, pero hacer tal sin hacer lo que Dios dice, es insuficiente para nuestra redención. El tratar de pelear en contra del diablo sin someternos a Dios es igual a pelear en una batalla que ya se ha perdido. Recuerde las palabras de Santiago: “Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Santiago 4.7). El someterse a Dios y el pelear contra el diablo van de la mano.

En tercer lugar, habían sustituido el hacer lo que él había mandado con las buenas obras en nombre del Señor. La práctica de hacer buenas obras es parte de la vida cristiana. Esto es lo que Efesios 2.10 dice: “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”. Es obvio que uno no puede vivir la vida cristiana sin practicar las buenas obras; pero, aunque éstas son importantes, ellas no pueden sustituir la obediencia al Señor.

En cuarto lugar, la gente ha tratado de usar las relaciones con familiares para sustituir la obediencia al Señor. Esto es lo que leemos en Marcos 3.31–35:

Vienen después sus hermanos y su madre, y quedándose afuera, enviaron a llamarle. Y la gente que estaba sentada alrededor de él le dijo: Tu madre y tus hermanos están afuera, y te buscan. Él les respondió diciendo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

Pareciera que la madre y hermanos de Jesús —así como los que conformaban la multitud— suponían que su relación familiar les daba la preferencia por encima de los que estaban escuchando la enseñanza de Jesús. Estaban seguros de que él iba a dejar la multitud para hablar con ellos, por ser familia. Jesús dejó asombrada a la multitud y a su familia cuando aseveró que su verdadera familia se

conforma por aquellos que hacen su voluntad. Muy a menudo, la gente piensa que el estar relacionados con alguien que está profundamente consagrado a Dios, les va a dar algún lugar especial junto al Señor. Hay una lección que debe resultar clara de este incidente: Lo que importa delante del Señor es el corazón obediente que está presto a someterse a su voluntad.

### **LOS SIERVOS OBEDECEN**

En Romanos 6.16–18, hallamos uno de los versículos clave de las Escrituras, acerca de la necesidad de la obediencia. Para Dios es fácil determinar quiénes son los verdaderos siervos: Se trata de aquellos que se someten en obediencia al Señor. Mientras todavía vayamos por la vida discutiendo con el Señor acerca de lo que debemos hacer y cuáles mandamientos obedecer, estaremos sirviéndonos a nosotros mismos y no a Cristo.

La acción obediente debe salir de un corazón consagrado a Dios. No podemos pasarnos la vida “haciendo el arranque”. Lo que está en el corazón cuenta. Debemos obedecer de corazón lo que Dios nos dice que hagamos.

La verdadera prueba para la obediencia siempre se da cuando Dios requiere que hagamos algo que nosotros no queremos hacer. Si nuestra obediencia a Dios se limita a lo que entendemos y estamos de acuerdo, todavía no habremos aprendido a someternos a su voluntad. Jesús demostró la más grande obediencia cuando oró que la copa pasara de él, y añadió: “... pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22.42b).

En toda época, Dios le ha pedido a su pueblo que haga ciertas cosas, cuyo propósito ha sido probar la fe de ellos en él. Hizo que Naamán se

zambullera siete veces en el Jordán para que fuera limpio de su lepra. El agua del Jordán no tenía ningún poder mágico, pero el obedecer a Dios le devolvió la salud a Naamán. Jesús le dijo a un ciego que se lavara en el estanque de Siloé para recibir la vista. El agua de este estanque no podía sanar la ceguera, pero hacer lo que el Hijo de Dios decía le trajo sanidad al hombre.

Puede ser que usted esté lidiando con algún mandamiento de Dios, creyendo que no tiene verdadero significado para usted, o que ya está obsoleto. ¿Tiene la fe y la confianza puestas en el Señor, al punto que hará lo que él dice, en lugar de buscar la manera de evadir sus mandamientos?

A través de los años muchos han lidiado con el mandamiento de que los creyentes se bauticen en Cristo para el perdón de los pecados. Hallan extraño que la sepultura en agua pudiera ser parte del plan de Dios para redimir la humanidad. Ignoran el hecho de que el bautismo es un acto de fe en el Señor. El bautismo no es obra humana, que se oponga a que la gracia de Dios nos salve. Más bien, es una demostración de nuestra fe en el Señor y de nuestra disposición a obedecer lo que él dice, aun cuando el razonamiento humano no lo pueda explicar.

### **CONCLUSIÓN**

¡Cuán maravilloso sería si pudiéramos siempre seguir la palabra de Dios con un espíritu que dice: “Si Dios lo dijo, lo creo; si lo mandó, lo obedeceré sin titubeo”! Esto es lo que dice Hebreos 5.8–9: “Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen...”. Aun Cristo obedeció al Padre. ¿Lo haría usted? ■

©Copyright 1999, 2002, por LA VERDAD PARA HOY  
Todos los derechos reservados